Año I. — Núm. 130. Mártes 29 de diciembre de 1857. Islas Baleares.

EL ISLEÑO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.
Palma.—Imprenta y Librería de Gelabert.=Mahon.—D. Matias Mascaró.=Iviza.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.=En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

SECCION LITERARIA.

PEDRO Y MARIA.

LEYENDA.

I.

Hay en Francia un pequeño rincon donde jamás me he detenido, y del que nunca he partido sin decirme: Feliz el que pueda permanecer aquí para siempre!

Está en la costa de Normandia, entre Honfleur y Trouvielle, en Villerville-Sur-Mer.

Detrás de ese pueblecillo encantador hay colinas llenas de ramaje que bajan en pliegues armoniosos hasta la bahia del Sena, que se abre y agranda precisamente en este punto, hasta los lejanos horizontes de la inmensidad. A vuestros pies encontrais tan pronto la escarpada costa como un montecillo de verdura, y praderas, en fin, donde los bueyes se detienen inmóviles para escuchar la voz del Oceano. A la derecha del rio, que va estrechándose hasta el promontorio de Quilleboeuf, que cargado sin cesar de bruma apenas se distingue. En frente, á tres leguas de distancia, el Havre con sus mástiles, sus faros y sus columnas de humo. Mas allá del Havre esa encantadora costa de Ingouville, tan coquetamente adornade de casitas de campo medio escondidas entre los árboles, y que Casimiro Delavigne ha cantado como el primer punto de vista del mundo, hácia la izquierda, en fin la rada: despues el mar.

Hará como unos diez años, poco mas ó menos que huyendo de la existencia demasiado pariense de Trouville, vine á instalarme en Villerville: por la vez primera tuve la apacible felicidad de vivir allí durante un mes como un verdadero aldeano, como un verdadero pescador.

Mi cuarto, ó mas bien mi ermita, tenia las paredes blanqueadas con cal, gruesas vigas negras en el techo y el mueblaje mas rústico que imaginarse puede, y por único adorno un pequeño San Juan de cera bajo un globo de cristal y algunos de esos grabados impiamente iluminados con indigno y bermellon que decoran invariablemente todas las cabañas francesas, *El Judío Errante* con su cancion de treinta y tres coplas, *Los Amores de Píramo y Tisbe, El jóven Damon*, etc., etc.

Pero la ventana se abria precisamente encima de la costa: ademas del magnífico panorama de la bahía cada marea baja me dejaba ver la alegre y animada pesca de almejas, practicada todos los dias por tres ó cuatrocientas villervillesas con gorros de algodon, mientras que los maridos, los padres y los hermanos cruzan al largo durante toda la semana con sus barcas pescadoras, volviendo los sábados por la tarde á encallar sobre la arena del pueblo la humilde y pacífica escuadrilla.

Todo esto estaba lleno de movimiento, de color, de bullicioso y de alegría.

Mi huéspeda se distinguia, sin embargo, algun tanto de lo que me rodeaba. Era una comadre alta y flaca, de unos cuarenta años, áspera y dispuesta á disputar, velando sin cesar con la mayor avaricia por sus caros intereses, despótica por añadidura, y en una palabra, mujer fea.

Pero pagando bien y adelantado, era yo una deidad para Cesarina. Para mí se volvian dulces su ronco acento y sus salvajes miradas. Tan pronto como mis pasos resonaban en la casa acudia enderezando su elevada talla y su fruncido gesto: arreglaba con cierta coquetería su saya roja y su inevitable gorro de algodon y me sonreia como sonríe el avaro á su tesoro. ¿Habia mas que pedir? Ademas tenia dos hijos encantadores, un mocito de trece años escasos y una chica de un año menos que su hermano, rubios ambos, de ese color especial de Normandía, con grandes ojos azules llenos de ternura, y á veces de altiva voluntad. Seguramente que solo en esto se parecian á su señora madre.

En cuanto al dueño de la casa restába me trabar conocimiento con él, porque era pescador, y segun he dicho ya, los pescadores de Villerville no se presentan en la aldea sino el sábado por la noche, y vuelven al mar con la marea del lunes. Ahora bien; yo habitaba la casa de Cesarina tan solo desde el jueves; pero llegó el domingo bien pronto y con él Pedro Aubert.

II.

Era un marinero de unos 35 años, pequeño, repleto, trigueño, con los cabellos cortados en cuadro sobre la frente y dos largos búcles que caian junto á los sienes por delante de las orejas, en las cuales brillaban dos anillos de oro con un áncla de marina en medio. Su rostro meditabundo y sus ojos tristes, su carácter silencioso y sus modales casi tímidos, sobre todo delante de la terrible señora Aubert; su dulce y franca fisonomía me ganaron al momento. Sin embargo, en nuestra primera entrevista las circunstancias no me predispusieron á su favor: al contrario.

Sentado junto á la chimenea de la sala baja hablaba yo con Cesarina, que preparaba en aquel momento nuestra comida.

De pronto los dos chicos llegaron de la escuela á todo galope con sus libros bajo el brazo.

—¡Aquí está! esclamaron con voz sofocada ¡Aquí está Pedro! Hemos visto su lancha desde la playa. Ahora estará desembarcando. Vamos á encontrarlo. ¿No es verdad, madre... madre.... no es verdad?.

—¿Para qué? dijo con acritud Cesarina. Es bastante grande para venir solo. Además os necesito. Idos al jardin á coger lechugas para la ensalada. ¡Vamos!

A esta última palabra, mas que imperativa, los dos pobres niños desaparecieron de pronto como pájaros asustados.

—¡Diablo! dije para mí. ¿Mi señor huésped será acaso mal padre y peor marido?

Algunos minutos despues llegó.

Como para corroborar aquella mala impresion, Cesarina no fué á su encuentro no le presentó la frente ni la mano, ni aun se dignó acogerle con una sonrisa. Se contentó con descolgar una pizarra de la pared, y lápiz en mano, dijo con seguedad:

—¿Cuanto?

Pedro Aubert sacó de su chaqueta una bolsa gorda de cuero, y dia por dia de la semana enumeró su parte de pesca, cuyo producto en metálico depositaba sobre la mesa.

Entretanto, la rapaz Cesarina alineó en la pizarra sus groseras cifras, despues las sumó con detenimiento, y con mas detenimiento aun fué contando la moneda hasta el último sueldo.

Felizmente, la cuenta era justa.

Cesarina metió la suma en un tirador, lo cerró con llave, y se guardó esta en el bolsillo.

En el suyo encerró Pedro Aubert silenciosamente su bolsa de cuero, cuyo contenido acababa de entregar sin que la menor vacilacion, el mas ligero pesar alterase su cachazuda docilidad.

—Iba á juzgarle mal, dije para mí al ver esta escena doméstica; Pedro es seguramente un buen marido.

En aquel instante los dos chicos hicieron su segunda irrupcion, mas impetuosa aun que la primera. En cuanto llegaron (los pobres chicos debieron andar bien aprisa), se arrojaron al cuello de Pedro Ambert con tanta espontaneidad, tanta alegría y tal ternura, que al instante añadí:

—¡Y es un escelente padre!

Pero cual fué mi asombro, cuando las dos voces infantiles, logrando al fin llegar desde el corazon á los lábios, esclamaron á la vez:

—Buenos dias, buenos dias, tio Pedro.

¿No era mas que tio de aquellos niños. ¿No era marido de Cesarina? De parte de un hermano, y aun simplemente cuando tanta sumision, tanta resignacion y abnegacion parecian mas notables aun.

Pero lo que mas singular me pareció fue el cariño enteramente paternal que Pedro Aubert demostraba á los chicos.

Los puso sobre sus rodillas, les sonreia, los besaba y acariciaba con tanto amor que contemplando ese cuadro me sentí verdaderamente conmovido.

Un momento se pasó así.

Despues, y como si alguna antigua herida hubiera vuelto á abrirse en él, algun doloroso recuerdo, Pedro Aubert palideció espantosamente... una lágrima rodó por su megilla, se levantó... y aunque con voz siempre dulce, dijo separando á sus sobrinos:

—¿Idos á jugar á la playa; id, hijos mios!

Decir cuanta punzante tristeza y al mismo tiempo cuanto afecto encerraban aquellas dos últimas palabras, seria imposible.

Los dos pobres rubitos, tristes ambos, dudaron un momento. Despues, alejándose á un nuevo gesto casi suplicante de su tio, y sobre todo por un terminante bufido de su señora madre, desaparecieron, aunque no corriendo, en direccion de la orilla.

—Ya se sabe que no los quereis, dijo entonces esCarina con aire avinagrado; pero es inútil demostrárselo así á esos pobres chiquillos.

Pedro no respondió. Cerró los ojos y llevó la mano á su corazon como para contener una repulsa ó un dolor cruel.

Despues tomando un azadon de un rincon:

—Voy á trabajar en nuestro jardin, dijo sencillamente.

Y salió.

III.

Viendo alejarse al pobre pescador, Cesarina hiza un movimiento de hombros, un gesto.....

Yo presentia un drama campesino....

Seguí á Pedro y desde lejos, oculto detras de un arbusto, observé.

Pedro llegó á un pequeño cercado de legumbres situado hácia los confines de la aldea y efectivamente hincó el azadon; pero casi al mismo tiempo volvió á ponerse derecho, aunque con la mano apoyada siempre en el mango, y se puso á mirar de una manera estraña á cierta casita cuyo techo humeaba á algunos pasos de allí, y una de cuyas ventanas estaba enteramente entapizada por las floridas ramas dde un rosal trepador.

A esa ventana era dondé se dirigian únicamente las miradas del marinero.

A través de la movible cortina de verdura, percibí la sombra de una mujer.

Inmóvil como una estátua, Pedro Aubert permanecio allí hasta cerrar la noche, hasta que la última estrella apareció en el firmamento.

Despues, con el azadon á la espalda, tomó á paso lento el camino de la aldea.

Pero en el momento en que, por decirlo así, se arrancó del campo, oí distintamente el suspiro desolado de un corazon sin esperanza.

IV.

Al dia siguiente por la mañana saliendo de misa ví á Pedro Aubert en el umbral de la iglesia.

Con una mano tenia las de los dos niños: la otra mojada en agua bendita, estaba silenciosamente estendida hácia una jóven que próxima á salir iba á pasar por delante de él.

Era una dulce y hermosa criatura. Tenia la tez de un blanco mate, aunque no era mas que una aldeana, ojos negros púdicamente inclinados hácia el suelo, sonrisa angelical, y aun cuando parecia tener treinta años conservaba aun en su frente el casto sello de la virginidad primitiva.

Cuando sus dedos se encontraron, ambos sintieron un estremecimiento, un relámpago...

¿No era aquella la sombra que habia visto la víspera por la noche al través del rosal?

V.

Algunos momentos despues ya no me quedaba duda alguna.

La mar subia temprano aquel dia: los pescadores se dirigian á sus lanchas.

Pedro Aubert partió el primero; pero tomando el camino mas largo pasó por delante de la casita del rosal.

Una flor cayó á sus piés.

La recogió vivamente, la ocultó en su bolsillo, como un ladron que acaba de robar un tesoro, y huyó.

VI.

Por la noche, cuando las lanchas abandonaban el muelle, ví aun, porque siempre estaba en acecho, un pañuelo blanco que ondeaba en la ventana de que os he hablado. Pedro Aubert estaba de pié en la popa de su lancha, fijando los ojos en la casita.

Hubiera podido conocerla inmediatamente interrogando á un villervillés, sobre todo á una villervillesa y quizá tambien á Cesarina.

Pero por impaciente que me hiciera la curiosidad, me dije:

—Esperemos. Nada quiero saber sino por boca del mismo Pedro.

Quince dias despues estaba una noche

con mi huésped á bordo de su lancha. La noche adelantaba espléndidamente estrellada. La calma era profunda, la mar estaba inmóvil. El grumete y el marinero dormian en su camareta, esperando que la llegada de la brisa les permitiera tender las redes. Pedro, que ya era amigo mio, vino á sentarse á mi lado sobre una vela y tomó la palabra en estos términos, con corta diferencia, pues quizá no pueda yo conservar á su narracion el delicado aroma de su tierna sencillez.

VII.

—¿Deseais saber por qué no estoy alegre? Es bien sencillo, y quizá os haga sonreir. No importa. Oid.

¡Amo á María! ¿Tenia necesidad de deciroslo? ¿Cómo hemos sentido ambos este amor? Porque éramos muy pequeños aun cuando nos queríamos ya. Creciendo nosotros, ese amor creció tambien. Siempre nos encontraban juntos en la misma vereda, junto al mismo arbusto. Primeras palabras, primeros juegos, primeras lágrimas, primeras sonrisas, todos nos fué comun Cuando permaneciendo largo tiempo pensativos y uno de nosotros tomaba de pronto la palabra, el otro no dejaba de esclamar: «¡Estaba pensando en eso mismo!» Siempre creeré que teníamos el mismo espíritu, la misma alma! Ancianos hay en la aldea que son del mismo parecer. Hicimos nuestra primera comunion el mismo dia, al mismo tiempo, y el uno al lado del otro; mirad: estas cosas ligan mucho mas. Cuando empecé á ir al mar, nunca salí sin que ella rezara en la cruz de la playa, y nunca volví sin que ella se metiera en el agua hasta la cintura para salirme al encuentro mas aprisa. Entonces la tomaba yo en brazos para volver á tierra, y nos abrazámos riendo. ¡Oh, sí! hemos sido muy felices cuando niños. ¡Dios mio! ¿por qué no fuimos siempre pequeños?

Sin embargo nuestra juventud fué buena: el invierno juntos siempre en la velada, en la primavera á cojer fresas, en verano á la siega, en otoño á buscar avellanas! ¿Y los dias de reunion? ¡Cuántas veces hemos bailado Marieta y yo! ¡Cuán dulce era la vuelta por la noche á través de los campos iluminados por la luna! ¡Qué risueñas promesas para el porvenir, qué esperanzas de paraiso, qué hermosos sueños!

Llegó despues la hora del casamiento .. No hubiéramos pensado en ello ni uno ni otro... ¡Oh no, á fé mia! ¡No teníamos prisa... Eramos tan felices así! Pero los demas pensaron por nosotros, y el señor cura uno de ellos.

—¡Vaya! nos dijimos María y yo. ¿Qué nos importa eso á nosotros? No podemos amarnos mas. La cosa, á pesar de todo, presentaba sus dificultades. La madre de María era rica, yo no. Ademas era huérfano. Mi hermano mayor Cesario era quien me habia criado. Ese sí que era un buen corazon, un buen hermano! El fué quien con el señor cura abordó francamente la cuestion respecto á la madre de María.

—Yo habia jurado que mi hija se casaria con algun tan pudiente como nosotros, respondió ella. ¿Pero cómo quereis que cumpla la promesa hecha á mi dinero? ¡María y Pedro se quieren tanto! Y tenia razon la vieja.

VIII.

Esta última frase arrancó á la garganta de Pedro un sollozo, á sus ojos una lágrima.

Pero era fuerte el buen marinero. Apenas tuve tiempo para apretarle la mano y ya tomó su imperio sobre sí mismo y el hilo de su narracion.

—Juzgad si estariamos contentos Marieta y yo, y tambien mi hermano Cesário, y el señor cura, y toda la aldea, porque todos nos querian. ¡Es uno tan bueno cuando ama!

Hubo gran fiesta y despues vinieron los contratos. Hermoso dia fué tambien aquel. ¡Ay! ¡Debia ser el último!

Era entre semana y naturalmente no habia ido yo á la mar. Cesário queria tambien quedarse; pero Cesarina exigió que se marchara. Hay quien la ha acusado por esto, diciendo que trabajar en dia de fiesta trae desgracia.

El dia pasó bien. Al llegar la noche se cubrió el cielo de nubes. Habia tempestad: pero nosotros no pensábamos en los que estaban en alta mar. ¡La felicidad lo vuelve á uno egoista! Estabamos bailando cuando de repente se oyó un trueno... y gritos.

—¡Una lancha en la costa.... en peligro... la lancha de Cesário!

Yo estaba ya en la playa.

¡Qué tempestad... Jamas... no, jamas memoria de hombre recuerda otra igual!

Hice cuanto se puede hacer, caballero. Tres veces consecutivas me arrojé al mar, que estaba furioso. Retiráronme herido, sin conocimiento, medio muerto. Pero no... no... ¡Ah! ¡No era yo quien debia morir!

Era Cesário.

Cuando volví en mí él estaba allí, tendido, ensangrentado sobre las rocas y conservando algunas fuerzas tan solo para decirme:

—Pedro, sé hermano de mi muger; sé padre de mis hijos!

—Cesário, respondí, te lo juro!

Al menos murió tranquilo.

IX.

Bien comprendereis, señor, que este suceso suspendió todos los preparativos de boda.

María y yo nos habiamos dicho: ¡hasta luego!

Al entrar en casa abracé á los hijos de mi hermano... á mis hijos.

Dí la mano á Cesarina.

Era lo mismo que si todos los escribanos del mundo se hubieran hallado presentes.

Seis meses pasaron así.

Volvíase á hablar de matrimonio. Pero, no sé por qué, sin duda por un secreto presentimiento, no me atrevia á decir una palabra, ni á Cesarina ni á la madre de María.

Esta fué la que me interrogó la primera.

—Pedro, me dijo, ¿habeis adoptado los hijos de vuestro hermano?

—Sí, tia Juana.

—¿Y su mujer tambien?

—Sí, tia Juana, tambien su mujer.

—¿Lo que se llama adoptar?

—Enteramente.

—¿Entonces vuestra intencion es no abandonarlas?

—Tia Juana, lo he jurado á mi hermano moribundo.

Hubo un momento de silencio. ¡Yo tenia el corazon bien oprimido!

—Escucha, Pedro, repuso la vieja. Estoy muy lejos de oponerme á que entregues á la viuda y á los huérfanos una parte de tu pesca, una parte tan grande como te aconseje tu corazon. Ya ves que no es el interés el que me hace obrar así, pero conozco á Cesarina. ¿Dejar ir á mi hija á su casa ó ver instalarse aquí á Cesarina?.., jamás!

Esta última palabra abria un abismo á á mis piés. Yo tambien conozco á Cesarina. Tambien yo comprendo ahora que era imposible.

—Tia Juana, balbuceé sin embargo

—Yo no me opongo á vuestro matrimonio, repuso con lenta solemnidad la vieja aldeana. Te digo la condicion que pongo á él: eso es todo. Sabes que no tengo mas que una palabra, pero tampoco mas que una voluntad.

En cuanto á eso, señor, todos lo saben, una verdadera mujer antigua. ¡Caramba! ¡la tia Juana!

—Decide, pues, de tu suerte, continuó, y de la de mi hija.

Levanté la cabeza: María estaba allí mirándome fijamente.

Era preciso ser perjuro ó perderla para siempre.

¡Oh señor! Yo no concibo como se puede sobrevivir á semejantes momentos. Me zumbaban los oidos como si tuviera calentura, veia luces rojas y azules, me ahogaba, mi cabeza, mi corazon mi alma, todo parecia que iba á estallar á la vez.

—Pedro, me dijo la tia Juana, es preciso que respondas. ¿Quieres quedarte solo á nuestro lado? Escoje.

Abri los labios para gritar:

—Con vosotras...

Pero las palabras se me helaron en la garganta.

En el momento en que me decia: Daré á los chicos dinero, á Cesarina tambien me pareció que veia levantarse delante de mí á mi hermano, pálido ensangrentado, como en la noche de la tempestad, pero triste ahora, descontento y murmurando en tono de queja. No era eso lo que me habias prometido Pedro: no, no... ¡no era eso!

Entonces hice un esfuerzo supremo sobre mi mismo, un esfuerzo que hubiera debido matarme cien veces en vez de una, y con voz firme respondí:

—Tia Juana...., ¡lo he jurado!

Y como un ébrio, como un loco, me escapé á todo correr.

X.

Sin embargo; en mi delirio habia sentido la mano de Maria estrechar mi mano: habia oido la voz de Maria murmurar:

—¡Bien, Pedro, bien!.... Eres un hombre honrado.

Durante un año entero repetí esta palabra, que era para mí la esperanza, si no la promesa, de que María enterneceria algun dia á su madre, de que tal vez encontraria un medio de ponernos de acuerdo.

Esto me lo dicia yo; pero trataba de no encontrar á María. En esa época éramos muy jóvenes aun, ¡y yo sufria tanto!

Para recobrar valor miraba á mis hijos, los abrazaba, los adoraba.

¡Ay! No tenia ya nadie mas que ellos á quien amar.

Habia momentos en que me asaltaba la loca idea de rechazarlos, como la causa viva de mis pesares, como el obstáculo insuperable á mi felicidad.

¡Pobres niños! Bien pronto volvia en mí y me recordaba mi deber.

¡Ah, señor! Tengo el orgullo de haberlo cumplido religiosamente, y mi hermano Cesário, que está arriba, debe estar contento de mí.

¿No es verdad, señor, no es verdad? Vos lo habeis visto. Para Cesarina soy un hermano como pocos; para los huerfanos soy un verdadero padre.

Los amo doblemente, segun creo, porque son hijos de Cesário, y porque son el recuerdo sin cesar presente de mi eterno dolor.

Pero, volvamos á los primeros dias; á los dias que siguieron á aquel en que huí de la tia Juana, al tiempo en que María y yo no nos habíamos vuelto á hablar aun.

¿Cuantos meses se pasaron así? No sabré decirlo: no tenia sensacion ninguna; me habia vuelto casi un idiota.

Mi pobre corazon empezaba á calmarse, á adormecerse con el tiempo.

Pero hé aquí que de pronto llega hasta mi un rumor:

«¡María va á casarse!»

¡Oh, cómo comprendí entonces que la amaba siempre!

Entonces la busqué. Quizá por su parte me buscaba tambien: esta doble necesidad de verse no tardó en ponernos frente á frente una noche en el camino de Trouville.

¡Oh! no tuve necesidad de hablar. Leyó mi pregunta en mis ojos y ella misma me respondió:

«¡Era verdad!».

—Pedro, añadió vivamente, Pedro, soy tu prometida, y mientras tú mismo no me digas: cásate con Santiago, permaneceré soltera. Pero mi madre me lo suplica, mi madre está muy vieja, muy enferma. Tambien yo tengo un deber que cumplir.

Un grito de desesperacion me escapó.

—Pedro, esclamó María llorando, te amo! Pedro, tú no puedes dudarlo, te amaré siempre. Pero no puedo por tí dejar morir á mi madre.

A esta esclamacion de su sacrificio, no menos doloroso que el mio, hubiera debido caer á sus piés, consentir en lo que imploraba, decirle yo mismo: ¡Resignacion y valor!

Pero no, no; mi cabeza se perdia..... rompí en duros reproches, en odiosas amenazas.

—Mal hecho, murmuró dulcemente María. Es muy mal hecho. Pero no puedo guardarte rencor, pobre Pedro, porque el esceso de tu amor es el que habla por tí en este momento. Pronto te volverá la razon, lo espero, y con ella una respuesta mejor.

Y me dejó sollozando á la orilla del camino.

XI.

En efecto, durante los dias siguientes reflexioné. No pudiendo casarme con María, ¿tenia derecho para impedir su matrimonio con otro, para sumir de un golpe á la hija en el aislamiento, á la madre en la tumba?

Por otro lado, conocia que todos los que me rodeaban veian mi conducta y la juzgaban mal. No se reunian conmigo en la aldea: se me miraba con aire de reconvencion: las manos no se me tendian como antes buscando la mia.

XI.

Hubo algunos que hablaron sobro esto; unos en tono de compasion, otros por mera inclinacion á la crítica burlona.

—Es muy duro, Pedro, le comprendo, me dijo un dia el decano de los pescadores. Puro en fin ¿qué quieres? Es preciso pasar por ello... ¡Es preciso ser hombre!

Otra vez, estando yo atracando mi barca á la playa, varias mujeres murmuraron con voz significativa:

—¡La tia Juana está muy mala y esta noche estará peor!

Hasta mi marinero al dia siguiente hallándose algo achispado se atrevió á zaherirme.

—Sois como el perro del hortelano.... patron...... porque vos no comeis no es una razon para no dejar comer á las demás.

Llegó al fin el turno al señor cura, quien me exhortó paternalmente con la santa autoridad de la religion.

—¡No me atrevia, no queria, no podia aun! Pero Cesarina se mezcló tambien en esto:

—No habrás cumplido la palabra que diste á tu hermano, me dijo, ni seras verdaderamente el padre de mis hijos hasta que tú mismo no hayas obligado á Maria á casarse con otro.

—¡Oh! señor, esto me decidió, en esse complacia mi dolor. Hay momentos crueles en la vida en que parece tiene un gusto en herir á su propio corazon, ya bastante herido, en que á fuerza de haber sufrido se acoge con loca alegria cuanto puede hacernos sufrir mas. ¡Nadie lo esperaba!

Me resolví á dejar á Maria en completa libertad. ¿Pero cómo darle á conocer mi resolucion? Verla, hablarla, era muy superior á mis fuerzas.

—¡Escribámosle! me dije.

XII.

Con esta intencion compré papel de cartas, me encerré en mi cuarto y puse manos á la obra.

Aunque apenas sabia escribir, habia tantas cosas que hervian confusamente en mi cabeza, que mi mano se puso á llenar rápidamente de caarctéres groseros las cuatro páginas.

—¡Bien, bien! murmuraba yo. No es tan difícil como yo creia. Esto marcha bien!

Pero cuando repasé mis borrones, noté con asombro que no era aquello lo que hubiera querido decir. ¡Oh! de ninguna manera.

Volví á empezar.

Otras cuatro páginas, pero lo mismo que las primeras, no eran la espresion de mi sentimiento, mi deber.

—Borremos lo que está demas, me dije: en seguida veremos lo que ha de quedar.

Y leyendo por segunda vez, despues de cada frase me detenia un momento, y muy pronto la hacia desaparecer bajo una gruesa línea. Por fin de cuentas, tanto borré, que de las cuatro páginas vino á quedar esta sola frase:

«Cásate con Santiago.»

¡Ay! ¿No era esto todo lo que tenia que decir?

(*Se concluirá.*)

Por copia,

E. Pascual.

APLICACION DE LA ELECTRICIDAD

Á LA ESPLOSION DE LAS MINAS.

Mr. Th. du Moncel describe el aparato de que se ha servido de la manera siguiente:

«Habiéndome pedido los empresarios del puerde Cherbourg les organizase un sistema de esplosion para las minas, que fuese económico, fácil, y sobre todo cuyos elementos pudieran fabricar fácilmente los artesanos de provincia, pensé desde luego en sustituir á la accion fisica la mecánica de la electricidad, á fin de que los aparatos pudiesen marchan con pilas de Daniell, pilas que se sabe conservan su actividad meses enteros sin que haya necesidad de tocarlas, y cuya gusto es insignificante. Hice pues constrir aparatos, por medio de los cuales se pegaba fuego á restros de pólvora con una pajuela química que tenia que moverse por la sola influencia de la corriente. Con este sistema pude obrar á distancia considerable con alambres muy delgados, y si convenia no aislados, y alcancé la ventaja de actuar en cuantas minas fuese necesario, pasando la corriente de un aparato á otro. No costando por otra parte estos aparatos mas que dos francos cada uno, era en realidad económica su aplicacion, sobre todo tratándose de trabajos que son de uso particular en las minas.

Mas no se trataba de esto: la cuestion se reducia á producir completa simultaneidad de esplosion en minas inmensas, cada una de las cuales contenia 4,000 kilógramos de pólvora; pues todo el ventajoso resultado de esta especie de volcanes, que por lo demas no ejercen su efecto mas que subterráneamente, depende ante todo de la simultaneidad de accion de las conmociones particulares causados por las esplosiones. Tuve pues que desistir de mi sistema primitivo por lo tocante á esas minas, y valerme del método de los Sres. Ruhmkorff y Verdú, modificandolo algo para aplicarlo mas segura y fácilmente.

Si se tiene en cuenta que las enormes minas de que acabo de hablar, y que generalmente son esplotadas seis ú ocho á la vez, cuestan cerca de 15.000 francos, y que de su buen ó mal éxito puede resultar la pérdida de esta cantidad ò un lucro considerable, se comprenderá que debia valerme, no tanto de un sistema de inflamacion económico é ingenioso, teóricamente hablando, como de un sistema infalible. En lugar pues de obrar en las seis ú ocho minas no empleando mas que un solo círculo, preferí dividirlas en grupos de á dos, y recurrí á tres ó cuatro circuitos. Aun mas: como por razones que esplicaré posteriormente, temí un aislamiento insuficiente de los alambres, suprimi la comunicacion por el suelo.

Con esta medida, recomendada por la prudencia, me quedaba reducido el problema á obtener la simultaneidad de esplosion al través de esos diversos circuitos, pues el medio indicado por Verdú no me parecia suficiente. Para conseguirlo recurrí á un conmutador de rotacion, que consistia principalmente en una gruesa rueda de gutta-pecha puesta en movimiento por un resorte de péndulo, y cuya circunferencia llevaba cinco placas metálicas separadas entre sí por un intérvalo de dos centímetros poco mas ó menos. Sobre esta circunferencia se apoyaba un frotador, que por medio de un gancho y un alambre estaba en relacion con el de los palos del aparato de Ruhmkorff, que suministra la chispa à distancia. Las mismas placas comunicaban por medio de las planchas metálicas aplicadas en las dos superficies planas de la rueda, con cinco resortes frotadores puestos en relacion por los ganchos con los alambres del circuito. Por último, un tope destinado á sostener el resorte cuando estaba tendido permitia soltar, en un instante dado, el movimiento de la rueda. El juego de ese aparato es fácil de concebir: al entrar la rueda en movimiento, presentaba sucesivamente al frutador-conmutador las diferentes placas de su circunferencia; mas como por sus relaciones con los demas frotadores se encontraban en comunicacion con los diversos circuitos, la corriente iba sucesivamente de un circuito á otro en un momento de tiempo inapreciable.

El problema por lo tanto habria podido resolverse simplemente por medio de un conmutador de simple rozamiento, que hubiese consistido en una faja de gutta-percha que llevase incrustadas cinco placas métalicas en relacion con los circuitos, y contra la cual hubiese rozado vivamente una placa de resorte puesta en comunicacion por medio de un alambre con el aparato de Ruhmkorff: mas con este conmutador la simultaneidad de accion de la corriente habria dependido de la destreza del que hubiese manejado el resorte.

Por otra parte, si la accion eléctrica no hubiese bastado para inflamar las minas situadas en uno de los circuitos, hubiera sido preciso volver á principiar la maniobra del frotador conmutador. Tal vez se habria descuidado, ó por lo menos retrasado esta accion, mientras que con el conmutador de rotacion la rueda efectua un número de vueltas suficiente para inspirar seguridad de que si uno de los circuitos no obra en una de las primeras vueltas, no dejará de obrar á la segunda ó á la tercera, supuesto que el movimiento de la rueda disminuye progresivamente. Por otra parte, un conmutador mecánico tiene su marcha calculada é invariable; puede esperimentarse anticipadamente, y al emplearlo no hay que temer ni la demasiada lentitud, ni la escesiva precipitacion en el obrar.

No es necesario decir que en el caso de emplear un conmutador de rozamiento seria preciso que el resorte conmutador tuviese un mango de cristal ó de gutta-percha.

Diremos cuatro palabras sobre la construccion de las minas de que acabamos de hablar. Compónense por lo regular una mina de esta especie de dos cavidades cuadradas, de la estension de 3 ó 4 metros cúbicos, cubiertas á unos 12 metros bajo la superficie de la roca, y llenas de pólvora. Para verificar esta escavacion, los señores Dussand y Rabattu, empresarios de las obras, abrian por de pronto un pozo de 12 metros de profundidad, y de su fondo hacian partir dos galerías horizontales de cerca de 1m. 50 de altura sobre 5m. de longitud, y en el estremo de estas galerias es donde abren las cavidades de que hemos hablado.

No se derrama directamente la pólvora en estas cavidades, pues durante el tiempo que cuesta el atacar estas minas podria inutilizarse por la humedad: enciérranla por lo tanto en sacos de gutta-percha herméticamente cerrados, y llevando cada cual su mecha ó cohete de esplosion. Cada uno de estos sacos contiene 2,000 quilógramos de pólvora. Hecho este trabajo, y cuando las dos estremidades del cohete están adheridas á los alambres conductores cubiertos de gutta-percha, se tabican sólidamente á cal y canto las galerías, y se rellena de tierra el pozo de bajada, de modo que las minas no están ya en relacion con el esterior mas que con los simples conductores que á su vez están sumergidos en las obras de albañilería. Esta circunstancia es la que hizo desentenderme de la trasmision por el suelo. Compréndese efectivamente que el contacto tan íntimo del alambre con el revoque y con la tierra podria originar algunas comunicaciones por pocos defectos que tuviese la gutta-percha. Entiéndase que una comunicacion entre el alambre y el suelo, en el caso de entrar este por mitad en el circuito, se traduciria por una pérdida coesiderable de electricidad que impediria la esplosion de la mina.

Preferí pues emplear dos conductores en vez de uno, lo cual por otra parte no me ocasionaba sino un gasto muy mínimo, supuesto que este alambre podia ser comun á los circuitos en relacion con las tres ó cuatro grandes minas que debian inflamarse á un mismo tiempo.

Los cohetes, tal cual los hemos descrito, sean que estén preparados con sulfuro de cobre ó de mercurio, confuiminato de mercurio ó con algodon-pólvora, exigen siempre cierto cuidado en su confeccion: ademas de esto es preciso tener las materias primeras, y en las provincias las mas de las veces se carece de ellas. Si se trata pues de no hacer esperimentos en vago, es indispensable poder preparar los cohetes con elementos que siempre se tienen á mano, y esto es lo que conseguí con los que voy á describir.

Fúndanse estos cohetes, como los demás, en la propiedad que tienen los cuerpos de conductibilidad secundaria de facilitar la descarga eléctrica, y enrojecerse con grande facilidad. Muchos esperimentos hechos con objeto de averiguar hasta que punto esta semi-conductibilidad facilitaba la inflamacion de la pólvora me probaron que esta sustancia unida con limaduras de hierro, se inflamaba al traves de una solucion de continuidad de cuatro centímetros, siendo que hallándose (la pólvora) sola no se prendia mas que a una distancia de cuatro milímetros; por lo cual me decidí á mezclar estas dos sustancias en mis cohetes, prometiéndome grandes ventajas.

Mas los inconvenientes que podian resultar de la interposicion de la limadura entre los conductores, interposicion que podia bastar para suprimir la chispa eléctrica, me obligaron á sustituirla con corcho carbonizado y hecho conductor por el ácido sulfúrico. Este mótodo me presentó la ventaja de que encontrando la corriente un conductor en el corcho se debilitaba mucho menos, y yo podia anticipadamente tener seguridad de la bondad del cohete. En efecto, el corcho carbonizado goza de la propiedad de producir, bajo la influencia de la chispa de induccion que lo atraviesa, un punto de luz eléctrica, es decir, de luz radiante, ó por lo menos un pequeño surco rojo. Por lo tanto, si despues de haber preparado el cohete se hace pasar al través la corriente de induccion, se echará de ver en medio de la solucion de continuidad, que deberá ser escesivamente debil, un resplandor rojizo ó un punto de luz radiante.

En este caso el cohete será bueno, y si por el contrario no tuviese esta condicion, la chispa seria blanca y de forma exacta. Hé aqui el medio que empleé para preparar estos cohetes.

Tomé un cabo de alambre mas ó menos largo cubierto de gutta-percha; despues de haberlo plegado y trenzado, hice con un cortaplumas en la gutta-percha una abertura en su estremidad plegada, y corté con unas pinzas el alambre de cobre que habia quedado descubierto. En seguida levanté los dos cabos del alambre separados del modo que acabo de decir, é introduje por debajo con la punta del cortaplumas la película de corcho cuya superficie estaba carbonizada, y que debia servir de conductor secundario.

Afirmé con dos varillas planas los dos cabos del alambre sobre este pedazo de corcho, teniendo cuidado de no maltratar la gutta-percha que cubre los dos alambres; por último, despues de haber ensayado este cohete compuesto del modo dicho, lo introduje en un cartucho de papel lleno de pólvora mezclada con un poco de limadura gruesa de hierro, y revolví el cohete en la pólvora hasta que llegó al fondo del cartucho, y no me quedó mas que hacer que atarlo al alambre para tener el cohete enteramente preparado.

Para proporcionar corcho carbonizado en buenas condiciones me valí del siguiente medio: Sumergi por un instante un tapon de corcho en ácido súlfurico concentrado. El corcho, despues de esta operacion, se ennegrece y es buen conductor, conservando esta conductibilidad, como lo he probado en una Memoria presentada á la Academia en 15 de febrero último, aun despues de estar completamente seco. En este estado es cuando debe ser carbonizado por la corriente de induccion. Para esto no se necesita mas que apoyar los dos hilos conductores del aparato en dos puntos cualesquiera del corcho.

Por de pronto se ve salir de este una ancha llama roja, que luego se va trasformando y da lugar á un punto de luz radiante. En tal caso el corcho no sirve mas que para conductor secundario; despréndese pues la parte carbonizada, que es muy superficial teniendo cuidado de levantar con ella una pelicula en tres pedazos, y estos son los que se colocan en el cohete, cuyo coste no pase cuando mas de 10 céntimos.

Por copia,

P. J. Gelabert y Pol.

PALMA.

Amigos de dar siempre á los rasgos de honradez la mayor publicidad, copiamos del *Mallorquin* el siguiente párrafo:

«Siguiendo el propósito de publicar en *El Mallorquin* cuantas acciones dignas de elogio lleguen á nuestra noticia, cumplimos con él insertando la que por conducto autorizado hemos adquirido. En la tarde del 24 del actual, Diego Escudero, gastador del regimiento de Luchana, recogió un bolsillo que contenia 120 reales, perteneciente á un hombre que se hallaba en completo estado de embriaguez; y acto continuo, guiado por las inspiraciones de su recta conciencia, fué á presentarlo al capitan de la guardia del Principal, logrando con tan laudable proceder que dicho dinero fuese restituido á su dueño. Este ejemplo de verdadera moralidad honra mucho al pobre soldado cuyo nombre hemos creido justo dar á conocer al público.»

RECTIFICACION.

En el suelto de Palma que insertamos ayer cometimos una equivocacion bastante notable, pues en vez de estampar en la línea 11.ª del segundo aparte *ha logrado evitar varias veces,* apareció impreso *ha logrado repetir varias veces.* Léase, pues, como queda rectificado y será completo el sentido del párrafo.

P. J. Gelabert y Pol.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del dia de mañana

SAN SABINO, OBISPO Y MARTIR.

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las ... 7 hs. 21 ms.
Pónese.... á las ... 4 » 45 »

Hora en que debe señalar el reloj al medio dia verdadero.

Las 12 hs. 2 ms. 39 s.

AVISOS OFICIALES.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de dia para mañana: el comandante graduado capitan del regimiento infanteria de Luchana, don Antonio Mauresa.

Parada, Luchana.

Hospital, provisiones, rondas y contrarondas, el mismo cuerpo.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

NAVEGACION

EMBARCACIONES FONDEADAS.

Dia 28.

De Santa Pola en 4 dias laud Cármen, de 43 toneladas, pat. Miguel Vich, con 6 mar. y lastre.

De Marsella en 7 dias id. Concepcion, de 58 toneladas, pat. Juan Bautista Frau, con 7 marineros, barrilla y efectos.

De Almeria en 7 dias idem San Jaime, de 64 toneladas, pat. Gabriel Covas, con 7 marineros, barrilla y efectos.

De Cullera en 5 dias id. San José, de 28 toneladas, pat. Antonio Roca, con 4 mar. y arroz.

De Marsella en 5 dias id. Cármen, de 47 toneladas, pat. Juan Marques, con 5 mar. y cebada.

IDEM DESPACHADAS.

Dia 28.

Para Argel laud San José, de 53 ton., patron Gabriel Oliver, con 6 mar., un pasagero, arroz y efectos.

Para Barcelona vapor Mallorquin, de 155 toneladas, cap. D. José Estadas, con 18 mar, 88 pasajeros, balija y efectos.

Para Valencia laud San Cayetano, de 37 toneladas, pat. Pablo Ramon Martí, con 4 mar., 4 pas., trigo é id.

Para Marsella polacra goleta Tartana, de 78 ton., pat. Mr. Rubando, con 5 mar. y lastre.

SECCION DE ANUNCIOS.

Gran surtido

DE GÉNEROS DE ÓPTICA. MATEMÁTICAS Y FÍSICA.

En el establecimiento óptico de Taylor y Lowe situado en la Cuesta Nueva de Santo Domingo, número 54, se acaba de recibir procedente de Alemania el ya anticipadamente anunciado abundante surtido de dichos artículos, de los cuales merecen ser principalmente mencionados los gemelos para teatro de diferentes formas y guarniciones de 6 y 12 cristales de superior calidad; anteojos de larga vista de diferentes tamaños; microscopios sencillos y compuestos aumentando los objetos desde 25 hasta 4000 veces; barómetros de nueva invencion llamados *aneroides* y otros *metálicos* que se distinguen mucho por su exactitud; higrómetros; maquinas eléctricas y electro-magnéticas de mucha fuerza; cosmoramas; estereoscopos con admirables vistas sobre cristal y carton, sacadas de los mas hermosos edificios y paisages de Italia, principalmente de Roma, Francia, Alemania, Suiza é Inglaterra; cartabones para agrimensores; cintas métricas para medir y otros instrumentos para el uso de los ingenieros y agrimensores; brújulas meridianas ó relojes de sol; y finalmente un abundante surtido de toda clase de anteojos con cristales trabajados al agua y de Roca, único remedio para la conservacion de la vista, los cuales se proporcionarán á cada individuo con la infalible prueba del OPTIMETRO.

Se advierte que este establecimiento se cerrará irrevocablemente el dia 31 del corriente. Las personas que deseen proveerse de alguno de estos artículos, pasado este término fijado, podrán dirigirse á nuestra casa en Barcelona en la Rambla del Centro, número 17, en donde se les servirán con la mayor Eficacia.

EL ESTEREOSCOPO.

Se publica en Paris una edicion del *Estereoscopo* en castellano escepto el artículo de modas que se insertará asi mismo en frances que se destina esclusivamente para España.

El precio de la suscricion en Madrid y en las provincias, franco de porte, será de ciento ochenta reales por un año y á título de prima se regala á los Suscriptores la siguiente:

Un magnífico estereescopo prismático de caoba gran modelo de la esposicion universal de Paris premiado con la medalla de oro de lo mejor y mas perfecto que se fabrica en dicha capital su valor en Madrid.	Rs. 140
Seis hermosas láminas estereoscopicas, á saber: dos láminas de objetos animados iluminadas al aguada y que figuran completamente al natural una vista de Paris, una de Italia, una de Suiza, una grupos animados, su valor en Madrid.	Rs. 84
El primer número del *Estereoscopo* que salió al empezarse su publicacion. . . .	Rs. 6
Suma el valor de la prima.	Rs. 230

El periódico saldrá de balde lo mismo que las veinte y cuatro láminas estereoscopicas que se repartirán en todo el corriente del año y todavia tendrán los suscriptores 50 reales de beneficio.

Los abonados en España tendrán ademas mensualmente uno ó dos patrones de modas de señora y podrán encargar á Paris por medio de la direccion ó comisiones de la edicion española de este periódico todos los objetos que gusten y los recibirán francos de porte y al precio de las mejores fábricas y almacenes, sin mas comision que un seis por ciento y el abono de los derechos de introduccion.

Se suscribe en la tienda de D. Juan Villalonga y Gomez, plaza de Cort.

LA TUTELAR.

Se avisa á los suscritores de esta compañia que los recibos de anualidades pagaderos en fin del presente mes se hallan en poder del banquero de dicha compañía don Gregorio Oliver que vive en la travesia de la cuesta de Ambrós á la de Danús, núm. 9, á donde podrán pasar á recoger y pagar dichos recibos todos los dias no festivos, desde las diez de la mañana á las dos de la tarde que tiene abierto su despacho.

Al propio tiempo es satisfactorio poder manifestar á todos los suscritores en general, que siguiendo esta compañía su constante desarrollo reune en el dia mas de trescientos treinta y dos millones de capital suscrito, repartido en mas de cuarenta y tres mil suscriciones, á cuyo capital no alcanza ni con mucho ninguna otra compañía de su clase.



A LA NOVEDAD PALMESANA.

Gran bazar de sombreros y gorras á la última perfeccion y á precios módicos como son: 1.ª clase á 50 y 56 rs. uno: 2.ª clase 32, 36 y 40 reales id.: 3.ª clase 22, 26 y 28 rs. id.; advirtiendo que el que desea hacer cambio de usado con nuevo se le abonará segun su estado 4, 8, 10 ó 12 rs.; á mas todos los domingos por la mañana se plancharan los sombreros de valde; tambien se recomponen sombreros dejandoles á la moda.

El establecimiento está situado calle de *Bastaxos*, número 28.

En el mismo establecimiento se acaba de recibir un gran surtido de paraguas y sombrillas de todas clases y precios sumamente módicos, como son: paraguas de 16 reales hasta 80; sombrillas de 10 reales hasta 90; igualmente hay un gran surtido de varios géneros de quincalla los cuales se ofrecen á precios sumamente baratos.

ARTICULOS DE LUJO Y UTILIDAD

PROPIOS PARA REGALOS.

En el establecimiento de Mr. Bach, situado en la Cuesta nueva de Santo Domingo, núm 63, se encontrará un gran surtido de estos, como son: elegantes aderezos para señoras, ricas sombrillas, paraguas, abanicos de nacar, neceseres, porta-monedas y petacas de capricho, paletós, pantalones, botas y zapatos de goma y otros muchos géneros.

Se venderán al por mayor y menor hasta el dia 2 del mes que viene, pasado este término, las personas que deseen proveerse de algunos de estos artículos, podrán dirigirse á nuestra casa en Barcelona: Mr. Bach padre é hijos, calle de Fernando VII, núm. 37 y calle de Aviñó núm 5.

LA COMERCIAL.

Queda abierta la suscripcion á cédulas de la rifa de géneros nacionales, concedida por el gobierno de S. M. á don Agustin Feliu, en casa del comisionado en esta provincia don Gregorio Oliver, calle Travesia de la cuesta *d' Ambrós* á la de Danús, quien facilitará el prospecto al que desee enterarse de las bases bajo las cuales debe llevarse á cabo.

PISO PARA ALQUILAR.—Hay un segundo en la calle del huerto de las Monjas de la Misericordia, número 15, casa nueva, el cual reune grande y proporcionada habitacion. Informarán en la tienda de ropas de la misma casa.

PALOS PARA ALMENDROS:—El que quiera comprarlos de varias clases, de buena calidad y baratos, los encontrará en las Enramadas, en la taberna de José de Comasema, número 508.

GRAN BARATO DE ROPAS HECHAS.

EL AGUILA,

Bazar de sastrería en las casas de D. Jaime Moragues, frente el Teatro principal.

El dueño de dicho establecimiento en vista del esquisito gusto que va tomando esta Capital y deseoso de corresponder á las elevadas aspiraciones de sus habitantes, tiene dispuesto todo lo necesario para que su establecimiento en esta ocupe el mismo rango de los que tiene en Madrid, Barcelona, Sevilla y Cádiz, únicos en su clase en la península española. Para su pronta y acertada realizacion, y á fin de que sea todo digno de la empresa por su novedad y elegancia, ha determinado efectuar el gran barato que se anuncia del gran surtido de prendas propias para invierno que existen en el referido Bazar, las cuales se proporcionarán á los compradores con un quince por ciento sobre los precios que hasta aqui habian regido en el espresado establecimiento.

La gran rebaja que se indica resulta en la proporcion que sigue:

Los paletós castor y edredon muy bien acolchados y farrados de seda que estaban á 250 reales se han bajado á 200.—Los id. de paño negro muy bien acolchados de 180 á 150 rs.—Los idem, idem, idem de 140 á 120.

Capas madrileñas, cumplidas, con vueltas de terciopelo, de 400 rs. á 300.

Los paletós de abrigo de 120 rs. á 90.

Batas, las hay de tartan pura lana de 70 rs. una á 100.

Raglanes de paten pelfa muy bien forrados de 120 y 140 rs. uno.

Chubasqueros de 120 y 140 rs.

Chalecos saten lana muy bien forrados y acolchados de 20 rs. uno á 32 y asi sucesivamente todas las demas prendas que por su solidez, elegante corte y rica construccion, resultan en gran beneficio y economía para los compradores.

EN LA CADENA DE CORT, MANZANA 1.ª, número 4, casa zaguan, hay para alquilar cuatro pisos con toda comodidad y aseo; las personas que gusten verlos podrán pasar en la librería de Pedro José Garcia y darán razon.

LIMPIA BOTAS.

calle de Santo Domingo, número 31.

Queda abierto al público un salon perfectamente adornado al estilo del Continente para limpiar y encharolar botas y zapatos al ínfimo precio de tres cuartos.

En dicho establecimiento hay un gran surtido de botellitas de tinta para charolar, dar lustre y tambien para escribir.

El mismo dueño se ofrece al público para los señores que gusten que pase á domicilio.

RETRATISTA.—Solo permanecerá por algunos dias en esta capital, vive en la plaza del *Banc del Oli*, número 26, piso primero.

EL PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Los señores suscritores que no hayan satisfecho la presente anualidad, se servirán pasar á verificarlo en esta Sub-Direccion sita en el Borne, número 15, donde se retendrán los respectivos recibos hasta el dia 31 del presente mes: pasado este término serán devueltos á la direccion general.—El subinspector encargado de la subdireccion principal de esta provincia, Miguel Benimelis y Rosselló.

Á LOS SEÑORES ABONADOS AL TEATRO.

Desde 1.° de enero próximo los que quieran dejar sus gemelos en la guardaropia podrán verificarlo mediante la retribucion de cuatro reales vellon al mes, debiendo llevar el nombre y apellido de su dueño.

TEATRO.

La funcion de mañana se anunciará por carteles.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE PEDRO J. GELABERT,

Pas d' en Quint n.° 74 y Plaza de Cort n.° 38.

SE VENDE

CALENDARIO

Y

ALMANAQUE RELIGIOSO, INSTRUCTIVO, CRONOLÓGICO, HISTÓRICO, PROFÉTICO, ASTRONÓMICO, POPULAR Y DE ECONOMÍA,

PARA LAS ISLAS BALEARES

MALLORCA, MENORCA É IVIZA,

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE

1858,

Dispuesto con arreglo al Meridiano de Palma, aumentado con una multitud de curiosidades que sirven de recreo y entretenimiento. Adornado CON 15 GRABADOS *que representan varios objetos.*

Agenda de bufete

Ó LIBRO DE MEMORIA

Diario para 1858, con varias noticias.

Un tomo en fólio.—Precio: 10 rs. encartonado.

PALMA:

Imprenta de Pedro José Gelabert, editor responsable.

Por el Editor

P. J. Gelabert